

PLEBISCITO DE 1988: REFLEXIONES A 30 AÑOS DE LA RECUPERACIÓN DE LA DEMOCRACIA

Alejandro Foxley, Manuel Marfán,
René Cortázar & José Pablo Arellano



Plebiscito de 1988: Reflexiones a 30 años de la recuperación de la democracia

Primera edición: diciembre de 2018

© 2018, Cieplan

Dag Hammarskjöld N°3269, piso 3, Vitacura

Santiago - Chile

Fono: (56 2) 2796 5660

Web: www.cieplan.org

Edición: Javiera Pérez

Fotografía de portada: "Concentración masiva en apoyo al No". Archivo Alejandro Hales Jamarne, sección Independientes por el NO, AHJPL_13.
Archivo Histórico Parlamentario, Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, Santiago.

Diseño portada y diagramación: Javiera de Aguirre

ISBN: 978-956-204-080-8

Queda autorizada la reproducción parcial o total de esta obra, salvo para fines comerciales, con la condición de citar la fuente.

Impreso por: LOM Ediciones

Impreso en Chile / Printed in Chile

**Plebiscito de 1988:
Reflexiones a 30 años de la
recuperación de la democracia**

**Alejandro Foxley, Manuel Marfán,
René Cortázar & José Pablo Arellano**



ÍNDICE

Introducción	7
El poder de la gente. Alejandro Foxley	9
El espíritu del No. Manuel Marfán.....	13
5 de octubre, un cambio de eje. René Cortázar.....	16
El plebiscito de 1988, notas personales. José Pablo Arellano	21

Introducción

Este año en todo el país se llevaron a cabo diversas actividades que tenían un propósito común: recordar el Plebiscito de 1988, pues el pasado 5 de octubre se cumplieron 30 años de la histórica consulta que terminó por sacar del poder a Augusto Pinochet.

Fue una hazaña arriesgada, para algunos incluso ilusa pues significaba jugar según las reglas del dictador. Pero el plebiscito- el hito final de la lucha contra la dictadura- tuvo éxito y después de 17 largos años, Chile recuperó su democracia.

Desde CIEPLAN quisimos unirnos a las conmemoraciones de tan importante fecha: publicamos en nuestra página web algunos documentos y estudios que como centro realizamos durante la dictadura, en los cuales criticábamos sus políticas sociales y económicas y ahora, en este libro, recopilamos los discursos y escritos que algunos de nuestros investigadores realizaron a propósito de los 30 años del referéndum.

Algunos son transcripciones de discursos en seminarios, como el organizado por la Universidad de Talca por la misma conmemoración, otros son el resultado de la inspiración que trajo este aniversario.

Sea uno o lo otro, todos los textos contenidos aquí son reflexiones de algunos de los protagonistas de dicho momento acerca de la odisea que significó la organización de la transición y las implicancias que este proceso ha tenido hasta hoy.

Esperamos que este libro sirva como un documento histórico para ayudar a fortalecer la memoria a veces esquiva. Esperamos también que publicaciones como esta se sigan imprimiendo siempre en nuestro país, para las nuevas generaciones que irán tomando una bandera que jamás debemos soltar: la del nunca más.

El poder de la gente¹

Alejandro Foxley, presidente de Cieplan

Tengo una visión francamente optimista de este país y su futuro.

Recuerdo que en los muy difíciles años de la dictadura, en Cieplan habíamos establecido redes internacionales para seguir los procesos de otros países en su transición a la democracia. En ese grupo de académicos había grandes científicos políticos con quienes analizábamos los países con gobiernos burocrático-autoritarios, veíamos las condiciones en que estaban unos y otros, y la conclusión era que el con menos probabilidades de transitar a la democracia era, precisamente, Chile.

Las razones eran muchas, pero entre las principales se encontraban el control férreo de Pinochet, la oposición fracturada y la dura represión que ejercieron por años los militares para instalar lo que ellos querían: el gobierno y la inseguridad permanente.

Hoy, cuando se habla del 40% de la gente que votó por el Sí, yo preguntaría cuántos lo hicieron solamente por miedo, por el temor a lo que venía si había democracia, la inseguridad que podía traer un cambio tan fuerte en un país que lamentablemente parecía que se estaba habituando a vivir bajo la dictadura.

Pero llegó el plebiscito y ese día fuimos capaces de borrar el pronóstico y el país con menos probabilidades demostró lo que logra el poder de la gente.

Conocimos a esas personas, recorrimos el país para escucharlos cuando ningún político podía actuar. Nosotros, los “tecnócratas” escribíamos *papers* que nadie leía, escribimos dos libros que fueron censurados... los sentíamos como los años inútiles.

1 Transcripción del discurso de Alejandro Foxley en el seminario “A 30 años del plebiscito: ¿Qué significa para el Chile de hoy?”, realizado el 3 de octubre de 2018 en Talca, y organizado por la Universidad de Talca, la Fundación Patricio Aylwin, y la Fundación Konrad Adenauer.

Entonces descubrimos que Chile podía cambiar cuando nos dimos cuenta que la verdad no estaba en esos *papers*, sino en las personas y así armamos los “Diálogos con la comunidad”, yendo pueblo por pueblo para sentarnos a conversar con las personas.

Recuerdo una escena: un mesón instalado en el medio de un potrero, donde hablamos con los campesinos, con pequeños empresarios. Intentábamos ir a las universidades también. Un día nos echaron los Carabineros y terminamos la charla en una iglesia. Ahí pudimos escuchar, conversar, entender. Un tema bien simple en una democracia, pero que toma tiempo, persistencia y humildad.

Nos dimos cuenta que debíamos buscar un lenguaje cercano a la gente, que demostrara que el posibilismo era algo que podía ocurrir en Chile.

Había talento sumergido en un país atemorizado, pero con ganas de que las cosas cambiaran. Si alguien lograba llegar a ellos, invitarlos a trabajar juntos, este iba a ser un país posible.

Ese periodo también aprendimos que, como los políticos no podían actuar, teníamos que apoyar a los que todavía tenían espacios, y en este caso eran las organizaciones sociales y de trabajadores, puntualmente la CUT en este caso. Esa gente cada seis meses caía presa, por decir lo menos, y sin embargo daban una lucha cotidiana en cada espacio donde estaban.

Uno de ellos fue Manuel Bustos, con quien establecimos un lazo imborrable. Cuando fue relegado en Parral, arrendamos una micro vieja y nos fuimos para allá con los dirigentes de la CUT para verlo, con la excusa de ir a hacer clases de economía.

Así fuimos desarrollando una capacidad de forjar un tejido de personas que aunque no estaban en la política, con inteligencia y astucia empezaron a ocupar los espacios de libertad que se iban abriendo en el país.

Por eso, cuando se escuchan visiones pesimistas de Chile, yo digo que miremos lo que logramos hacer en el pasado en las peores condiciones en que puede estar un pueblo y su clase dirigente.

Así fue hasta que llegó la noche maravillosa del plebiscito.

Fui parte de un grupo pequeño a quienes nos pidieron que hiciéramos un seguimiento de nuestras mesas y revisáramos si las cuentas calzaban con las cifras oficiales. En los primeros cómputos decían que ganaba el Sí y empezó el rumor de que Pinochet iba a decretar Estado de sitio. Hemos sabido después que se lo pidió a la junta, pero el general Matthei se negó.

En ese momento Santiago estaba vacío y nosotros sólo esperábamos que llegaran las fuerzas del Ejército para retomar el control de la ciudad.

A la 1 de la mañana Matthei confirmó que habían perdido.

Recuerdo que me tuve que ir caminando a la Radio Chilena, al programa “Improvisando”, con Jaime Celedón. Uno de los que estaba ahí era Ricardo Lagos. Cuando llegué nos abrazamos y a mí, les confieso, me caían las lágrimas.

Digo esto porque en la etapa siguiente, que tiene todas las imperfecciones que tiene, en democracia este país ha tenido el mejor desempeño de su historia. La economía creció en promedio, durante el periodo de Aylwin, cada año más del 7%. La pobreza bajó dramáticamente.

¿Qué otro país que viene de una transición tan compleja, con fuerzas que estaban tratando de frenar lo que estaba pasando, logra lo que Chile ha logrado?

El famoso “milagro” de los *Chicago Boys*, ¿de cuánto fue? La tasa de crecimiento de los 17 años de dictadura fue en promedio 2,9% al año. Ese es el “milagro”.

Pero en democracia Chile ha crecido más de 5% al año.

Quiero terminar diciendo que hay defectos aún, por supuesto. Cosas que no se hicieron o se debieron hacer mejor, como regular los sectores concentrados que abusan de las personas, pero creo que si pudimos hacer tanto en condiciones tan adversas, en este momento debiéramos poder hacer más.

Tenemos una enorme clase media insegura, que se endeuda, que tiene que pagar una educación, tarjetas de crédito. Esa gente quiere seguridad en su vida, quiere asegurar que las oportunidades para los que vienen después van a ser garantizadas y mejores a las que tuvieron ellos.

Queremos ser ahora un país que sea capaz de llevar adelante lo que debiéramos llamar un desarrollo inclusivo, que acoge a todos, que da la señal cada día al que se

va quedando atrás de que hay un piso de seguridad. Que reciban apoyo a tiempo para no caer en la trampa de la desesperanza, de la desconfianza.

Este es un momento difícil. La política está desprestigiada, se cuestiona diariamente a la clase dirigente... Pero así como enfrentamos sin voz las circunstancias más difíciles, hoy tenemos un capital humano invertido y un deseo de hacer las cosas bien; un movimiento hacia la igualdad, cuya expresión más reciente es la igualdad de género.

No debemos tenerle miedo a que salgan estos temas nuevos que no hemos resuelto antes, porque el desarrollo no es un milagro de un día para otro, es un proceso continuo. Los que dirigen el país deben reconocer esto.

No estamos viviendo en un país perfecto, pero estamos viviendo en un país mejor.

El espíritu del No

*Manuel Marfán*²

En 1986 se produjo la mayor de las protestas contra la dictadura. Hubo manifestaciones en todo Chile: marchas, cacerolazos, barricadas, enfrentamientos. Ese mismo año ocurrió el macabro delito contra Rodrigo Rojas y Carmen Gloria Quintana, además del atentado a Pinochet y el asesinato a cuatro civiles como represalia.

Tal era el ambiente cuando Edgardo Boeninger convenció a un grupo de líderes políticos de que era posible derrotar a Pinochet usando sus propias leyes. Y no sólo eso: había que derrotar al dictador y, a la vez, prepararse para gobernar.

Se trataba de un camino pacífico que contrastaba con el endurecimiento del régimen y la radicalización de una parte de la oposición, que trató de traidores a los entusiastas de esa estrategia.

El proceso de ganar adherentes y derribar los temores fue uno lento pero persistente, con políticos visionarios y *think tanks* de oposición como sus protagonistas.

Algunos partían a la Universidad de Notre Dame a estudiar sobre gobernabilidad, otros se quedaron en el país implementando diferentes acciones, como los “diálogos con la comunidad” que hacíamos desde Cieplan: queríamos escuchar de primera fuente a las personas, sus problemas, qué esperaban de Chile.

Hicimos esto porque teníamos la convicción de que los países no parten de cero, porque las transiciones en América Latina no eran referentes exitosos, y ciertamente no queríamos cometer los mismos errores. Comenzamos a trabajar creyendo- y lo creemos hasta hoy- que la democracia es un valor en sí mismo y

2 Investigador senior de Cieplan y director del Programa de Investigación e Innovación Social Cieplan-UTalca.

por lo tanto, la sociedad chilena del futuro debía generar un espacio para todos, incluso para quienes apoyaban la dictadura.

Miramos, entonces, las transiciones que sí fueron exitosas. Estas se caracterizaban por combinar continuidad y cambios bajo un paraguas de consensos amplios.

Eso fue lo que recogía “El consenso económico-social democrático es posible” (1988), documento de Cieplan firmado por doce economistas, entre los que me encontraba.

Era un manifiesto donde plasmamos la visión que teníamos entonces para la transición, donde además de creer en la mezcla de continuidad y cambio, detallábamos otras ideas: profundizar la inserción internacional de nuestra economía; estimular la creatividad y el espíritu emprendedor de las empresas chilenas; modificar la legislación laboral hacia estándares compatibles con la democracia; asegurar una trayectoria de equilibrios macroeconómicos, incluyendo una mayor y mejor regulación financiera; resolver el problema heredado de la deuda externa; y restablecer el equilibrio social perdido.

En las condiciones de 1988, sin dudar, volvería a firmar hoy este manifiesto.

Entre las medidas de continuidad destaco la de renunciar a la expropiación de empresas. ¿Qué sí queríamos cambiar? La pobreza, disminuir las desigualdades, abrir canales de movilidad social y mejorar las oportunidades para los grupos medios y pobres con más generosidad, más solidaridad y más altura de miras que el del Chile autoritario.

En 1988 se publicó la primera encuesta CASEN, referida a 1987. La cifra de 47% de la población bajo la línea de pobreza (más de 5 millones de pobres) provocó un estupor generalizado, y el combate decidido a la pobreza fue la idea fuerza dominante de la política social a partir de marzo de 1990.

Como resultado, Chile fue el país que más rápido redujo su pobreza. Como contrapartida, pasamos de ser un país con pobreza masiva a otro con una clase media masiva. A mi juicio nos equivocamos al no acometer con fuerza el desarrollo de políticas e instituciones que acogieran las necesidades de esa nueva clase media.

En particular, (a) las demandas por más seguridad en el empleo, la salud, la vejez, la educación y así, y (b) las demandas por una mayor protección frente a prácticas abusivas de muchas empresas.

Estas son inquietudes que continúan sin resolverse en la actualidad. Son las demandas que están recogiendo los nuevos referentes que entran a la política.

A treinta años del plebiscito y nueve de la muerte del gran arquitecto de la transición, Edgardo Boeninger, quienes hoy han sido elegidos para enfrentar estos y los demás desafíos del Chile actual han llamado a recuperar el llamado “espíritu del No”. Ello implica darle gobernabilidad a Chile, estimular el diálogo, y construir una agenda democrática amplia, con sentido de futuro e inclusiva, donde “inclusiva” incluye a todos, y no sólo a los que piensan como yo.

5 de octubre: Un cambio de eje

*René Cortázar*³

El 5 de Octubre representa varias cosas a la vez.

Esa noche, cuando no podíamos conciliar el sueño, agitados por lo que habíamos vivido, orgullosos de la acción colectiva que habíamos desarrollado como país, con una mezcla de esperanza y una cierta percepción de fragilidad, fuimos tomando conciencia de las distintas dimensiones del triunfo.

El hecho más evidente: el triunfo de la democracia. Muchos en Chile dudaban que fuera posible, incluso varios expertos internacionales que coincidían en que la estrategia insurreccional no tenía ningún destino, acto seguido mostraban bastante escepticismo sobre la posibilidad que el No pudiera ganar la elección y que el resultado fuera reconocido.

Pero no solo había ganado el No en el plebiscito. Importaba también lo que había ocurrido durante la campaña. Se habían ido confrontado distintas visiones de la democracia y del desarrollo y la visión- algunos dirían hoy “el relato”- que orientaba la estrategia del No, especialmente en su dimensión televisiva (que pienso que fue decisiva), logró una cierta hegemonía.

¿En qué consistía esa visión, o ese relato que, me atrevo a decir, se hizo relativamente hegemónico en la sociedad chilena?

Primero, el relato afirmaba que la democracia es mucho más que un sistema que asegura que la “mayoría de voto gana”. Es un sistema que busca servir al “interés general” de la sociedad, que incluye los intereses de la mayoría y también los de

3 Texto adaptado de la intervención de René Cortázar en el seminario “A 30 años del plebiscito: ¿Qué le dice al Chile de hoy?”, realizado el 5 de octubre de 2018 en Valparaíso y organizado por la Universidad Católica de Valparaíso, la Fundación Patricio Aylwin y la Fundación Konrad Adenauer Stiftung.

las distintas minorías. A veces pueden ser minorías étnicas- como los pueblos originarios-, sociales, políticas, económicas o sexuales.

Se afirmaba que la democracia busca servir los intereses del conjunto del pueblo. Así, por lo demás, lo había reconocido la filosofía política desde hace siglos, especialmente después de la Revolución Francesa.

Como dijo el Presidente Patricio Aylwin al confrontar algunas divisiones durante su discurso en el Estadio Nacional, en marzo de 1990: de lo que se trataba, en esta nueva etapa, era de forjar la unidad nacional porque “Chile es uno solo”. Ese interés general cohabita con los intereses particulares, y los conflictos entre distintos sectores sociales. Conflictos que también forman parte de la vida nacional, pero que no impiden la existencia de un interés general que los enmarca y que resulta indispensable, a través de la deliberación democrática, identificar y construir.

Por supuesto en aquellos aspectos en que no es posible identificar o articular esos intereses o visiones comunes, sí se impone el voto mayoritario sobre el minoritario.

Segundo, el relato afirmaba que el desarrollo económico y social también debe servir al interés general de la sociedad. Que, más allá de los conflictos distributivos entre distintos grupos sociales que por supuesto existen y son válidos, todos podemos avanzar al mismo tiempo.

Más aún: que en este mundo hiper-globalizado, en especial a partir de la década de los 80, con las inversiones desplazándose rápidamente entre países, para lograr el desarrollo sustentable o avanzamos todos o no avanza nadie. No se ha escuchado hasta ahora de algún país en que progrese el 50% de los hogares más pobres, sin que progrese el conjunto de la sociedad.

Una economía con bajo crecimiento impide beneficiar en forma persistente a las grandes mayorías. Es la sociedad, en su conjunto, la que alcanza el desarrollo sustentable. Es la sociedad, en su conjunto, la que se frustra. Esta es la experiencia histórica. Esta es la visión que estuvo en el centro de la campaña del No.

Las afirmaciones de que tanto la democracia como el desarrollo debían estar orientados a servir el interés general de la sociedad no se transmitió, en la campaña

del No, como una idea abstracta o como un argumento puramente racional. Era el fruto de una campaña que expresaba, a través de su lenguaje audiovisual y sus símbolos (partiendo por el arcoíris, con todos los colores), una cierta visión.

Era el resultado de una campaña que expresaba, a través de los afectos y emociones que buscaba suscitar, con sus imágenes y con su música, esa misma visión según la cual el objetivo final era el interés general de todos, sin exclusiones. Después de los afectos, las emociones, el fortalecimiento de las identidades, se daban las razones.

Fue a partir de esta perspectiva política y económica que los gobiernos de la Concertación dieron tanto énfasis al interés general, en su discurso y en su práctica política. Por eso dieron tanto énfasis a los consensos, la cooperación y los acuerdos.

Hay quienes creen (a mi juicio equivocadamente) que la búsqueda de los consensos en esos años fue simplemente un acto de realismo político. Una respuesta táctica a una situación del momento. Otros van un poco más allá: creen que esto de los consensos fue simplemente el resultado de un liderazgo más bien débil de la Concertación. Es necesario reafirmar que fue fruto de una visión que había sido planteada durante los años de lucha por recuperar la democracia. Y, en particular, durante la campaña del No.

Que había sido ampliamente aceptada por la ciudadanía. Que se había convertido en hegemónica en la sociedad chilena. Y que probó ser tremendamente eficaz, desde el punto de vista de mejorar sustantivamente la vida cotidiana de los chilenos.

Era, ciertamente, una visión bastante rupturista respecto de la propuesta de la campaña del Sí. Basta contrastar ambas campañas televisivas, una marcada por el entendimiento y la cooperación y la otra marcada por el conflicto y la descalificación.

Las dos campañas expresaban, a través de su lenguaje audiovisual y sus símbolos, visiones muy contrapuestas.

Pero las diferencias de la campaña del No no fueron sólo respecto del gobierno de la época. Se diferenció también de visiones que habían cobrado cada vez mayor fuerza en las décadas previas al once de septiembre de 1973.

En Chile- por diversas razones, tanto en la política como en la economía- se fueron fortaleciendo gradualmente a lo largo de los años visiones que, obviando la

centralidad del interés general, situaban el énfasis en el conflicto, la confrontación y las pugnas distributivas entre unos y otros, por sobre la cooperación, los consensos y el desarrollo de todos.

De más está decir que ambas dimensiones, conflicto y cooperación, son válidas y necesarias. No se puede tratar de prescindir de alguna de ellas, son parte de la vida social. El asunto está en las prioridades.

Como dijimos, se fue fortaleciendo gradualmente la visión de quiénes veían como prioridad, como eje dominante, la perspectiva de los intereses contrapuestos y el conflicto por sobre los intereses comunes y la cooperación.

En parte como fruto de todo esto, los resultados del país en materia económica y social, digámoslo con franqueza, no fueron buenos.

Nos ubicamos persistentemente en el sexto lugar de la tabla de posiciones de América Latina. No sólo en términos del ingreso nacional por persona, también en las oportunidades de trabajo, el poder adquisitivo de los salarios, el monto de las pensiones, el acceso a la vivienda y a la educación, así como a las oportunidades de recreación para las familias.

Siempre sextos. Durante décadas sextos. Cambiaban los gobiernos y seguíamos sextos. Al iniciarse el primer gobierno democrático, el once de marzo de 1990, continuábamos en el lugar número seis.

Incluso el libro de economía más leído de la época era de Aníbal Pinto: “Chile: Un caso de desarrollo frustrado”.

Durante la dictadura hubo, especialmente en la oposición, una reflexión bastante crítica respecto de nuestra historia económica y social. Fue un largo debate en el que cada vez más personas comenzaron a ver la necesidad de un cambio de prioridades. De un cambio de eje.

El 5 de Octubre culmina ese largo proceso y cristaliza el cambio en el eje dominante, tanto respecto de la democracia como del desarrollo. Se termina por imponer una visión de la democracia y el desarrollo con un énfasis en los intereses comunes y la cooperación.

Esta nueva visión, que fue desarrollada a lo largo de los años, que está recogida con fuerza en la campaña del No y que se hizo, a mi juicio, relativamente hegemónica en la sociedad chilena y sirvió de orientación a los gobiernos de la Concertación, permitió que nosotros como país pasáramos en poco más de una década, del sexto al primer lugar. En aspectos muy concretos, en que se juega la vida cotidiana de las personas y sus familias. En la calidad de los empleos, salarios, pensiones, vivienda, salud, educación, recreación.

Los resultados fueron sorprendentemente buenos para Chile y los chilenos.

Hoy los recordamos.

El plebiscito de 1988, notas personales

José Pablo Arellano

Al cumplirse treinta años del plebiscito, busco en la memoria para rescatar mis recuerdos de la época y ponerlos en perspectiva.

Mi trabajo en ese entonces, desde Cieplan, estaba en el análisis y preparación de políticas públicas, evaluando la marcha del país en ese momento y pensando en el retorno a la democracia.

En el tiempo de campaña del plebiscito participé en los pocos espacios de debate que se iban abriendo, especialmente en la TV. Recuerdo que me invitaron varias veces al programa “Almorzando en el 13”, uno de los pocos abiertos a opositores donde se daban conversaciones, a veces debates y que, por lo mismo, era bastante visto.

Recuerdo también haber grabado una breve cuña para la franja del No. En la productora de Eduardo Tironi, creo que en el Barrio Italia. Fue un honor haber sido parte de esa famosa y decisiva franja de televisión.

El día del plebiscito, el 5 de octubre me acompañó mi hijo Andrés de seis años a votar en La Reina, al complejo educacional, en la misma mesa donde voto hasta hoy día. Fue una experiencia única, casi religiosa, todos con respeto votando. Votaron 7.251.933 personas, el 97.53 % de los inscritos para votar, algo extraordinario. Eso fue fruto de toda la campaña previa, primero para inscribirse en los registros electorales y luego para votar por el No.

Todo ese día fue de enorme tensión. En la noche estuvimos pegados al televisor, el gobierno dilataba los resultados, Pinochet convocó a la junta de gobierno. Había una enorme incertidumbre, hasta que por fin, cerca de la una de la mañana, el general Matthei reconoció que habían perdido. También lo hizo Sergio Onofre Jarpa, presidente de RN y ex ministro del interior.

La mañana del día 6 de octubre fue maravillosa. En el Paseo Ahumada la gente celebraba el triunfo del No, Carabineros- que hasta hace poco reprimía fuertemente- ahora se dirigía a nosotros por el parlante del carro blindado como “respetable público”. Los manifestantes los abrazaban y ponían flores al carro blindado. El país era otro. Hasta hoy me emociono al recordar esa mañana.

La franja del No, que tuvo gran impacto en la campaña del plebiscito, tenía la esperanzadora música de “la alegría ya viene”. Esta terminaba siempre con un llamado que, a mi modo de ver, resumía el ánimo del momento y el espíritu de la campaña del No. Recuerdo hasta hoy que el locutor decía “Sin miedo, sin odio, sin violencia, Vote NO”

La preocupación por la gobernabilidad

“Sin miedo” se refería a la represión, pero también a los riesgos de falta de gobernabilidad que podían ser parte del regreso a la democracia.

En los años y meses previos al plebiscito la preocupación por el retorno a la democracia tenía dos dimensiones. La primera era obviamente ganar el plebiscito, una vez que se aceptó ese camino para terminar con la dictadura.

La otra era tener una transición exitosa a la democracia a partir del triunfo en el plebiscito. Ese era un tema al que dedicamos mucho tiempo de estudio y debate en Cieplan. La razón era que el éxito de la transición a la democracia dependería de la gobernabilidad que se lograra. El miedo de que en la transición fallara la política o la economía era grande.

La gobernabilidad tenía muchos riesgos. En primer lugar, el quiebre de la democracia en Chile estaba íntimamente ligado a la pérdida de la capacidad de gobernabilidad. La incapacidad para lograr acuerdos políticos y el desgobierno en lo económico social habían terminado en el golpe militar. Pero no sólo era nuestra historia la que nos generaba preocupación, era también lo que estábamos presenciando en los países vecinos que retornaban a la democracia.

En Argentina a fines de 1983 había terminado el gobierno militar con la elección del Presidente Alfonsín, pero debió abandonar el poder antes de terminar su

mandato, en julio de 1989, en medio de una grave crisis económica⁴. En Brasil, en 1985, se eligió por vía indirecta a Tancredo Neves el primer presidente civil desde el golpe de 1964, quien a raíz de su enfermedad debió ser sucedido por Sarney al año siguiente, quien gobernó hasta 1990 en medio de la hiperinflación y crisis económicas sucesivas. Su sucesor Collor de Mello, elegido en elecciones directas, tuvo que renunciar a los dos años en medio de una grave crisis económica y política. En Perú el gobierno de Alan García, electo en 1985, terminaba en 1990 en medio de la hiperinflación, crisis económica y violencia terrorista. La constante era la frustración de las grandes esperanzas que alentaba la vuelta a la democracia⁵.

Ese era el panorama en esos años que mostraba la tremenda dificultad de gobernabilidad en las experiencias vecinas de retorno a la democracia. Con razón eran los temas que ocupaban la mayor parte de nuestra atención: el manejo macroeconómico, la política fiscal, la política cambiaria,... Había que hacer todo de nuestra parte para no tener el mismo resultado y no caer en la misma frustración.

Chile había vivido además hacía pocos años en 1982-83 una de las mayores crisis económicas de su historia, con una caída de la producción superior al 15%. El país acababa de recuperar los niveles de producción previos a la crisis, pero la inflación en 1987-89 era todavía superior al 20%. En esos años el país recibió préstamos⁶ del FMI, lo que reflejaba el todavía débil acceso al mercado voluntario de créditos externos.

La apreciación en esa época por parte de los analistas externos y entre ellos el FMI era que Chile había realizado un enorme ajuste para corregir los graves desequilibrios macroeconómicos presentes en la crisis de 1982-83⁷, pero que

4 Tuve la oportunidad de estar muy cerca de las autoridades argentinas cuando implementaron el plan austral en junio de 1985 y ver las difíciles situaciones que enfrentaban tratando de estabilizar su economía.

5 Por ejemplo en 1987 estuve en Lima en la Universidad del Pacífico haciendo una presentación sobre estos temas (<https://revistas.up.edu.pe/index.php/apuntes/article/view/245>). Puede verse también las reflexiones sobre las implicancias para nuestro país en la Revista de Cieplan julio 1987.

6 https://www.imf.org/external/np/fin/tad/extrans1.aspx?memberKey1=170&endDate=2099-12-31&inposition_flag=YES

7 El déficit del sector público no financiero se había reducido en cerca del 6% del PIB entre 1984 y 1988 y el déficit en cuenta corriente de la balanza de pagos se había reducido en una proporción equivalente.

aún estaba en una situación especialmente vulnerable por su endeudamiento y la falta de acceso a los mercados voluntarios de financiamiento⁸.

Esos eran los temores y las preocupaciones que hoy se me hacen muy patentes. A los que no vivieron esos años esos temores pueden resultarles desconocidos. Tal vez por eso a veces cuesta dimensionar la magnitud de la transformación económica y social vivida en estas décadas. A los más jóvenes muchas veces les pueden parecer poca cosa los avances registrados.

Es bueno volver a mirarlos, no solo en términos absolutos sino comparados a otros países y sobre todo comparados con lo que hace 30 años creíamos que era posible lograr.

En esos años el ingreso per cápita de Chile bordeaba los 4.000 dólares (medidos a PPP), lo que equivalía al 19% del ingreso per cápita en los EEUU, mientras que actualmente el ingreso por habitante medido en los mismos términos supera los 24.000 dólares y está por sobre el 40% del ingreso en los EEUU. Así pasamos al primer lugar entre los países latinoamericanos después de haber estado por años en la medianía de la tabla⁹.

A consecuencia del crecimiento sostenido y de las políticas sociales, la pobreza que superaba el 40% se ha reducido a menos del 9% (usando para esta última medición una metodología más exigente).

Algo similar puede verse en el Índice de Desarrollo Humano del PNUD donde subimos al primer lugar en América Latina.

En materia educacional la asistencia al colegio se ha universalizado para toda la población. De los niños de 5 años de edad pertenecientes al 20% más pobre, un 50% aun no entraba al colegio, hoy lo hace el 97%. Entre los adolescentes de 16 años en el quintil más pobre, un 25% estaba al margen del colegio y por tanto no terminaba la enseñanza media, hoy lo hace más del 96%.

8 La deuda pública superaba el 100% del PIB según Tesorería General de la República, Informe Financiero del Tesoro Público. Puede verse un estudio de esa época en http://www.cieplan.org/media/publicaciones/archivos/85/Capitulo_3.pdf

9 El crecimiento del PIB per cápita en pesos del año anterior encadenado con base de referencia 2013 es de 2,7 veces entre 1988 y 2017.

Respecto de la Educación Superior, la matrícula era inferior a 250 mil estudiantes y en el Informe¹⁰ de la Comisión convocada por el nuevo gobierno en 1990 se proyectaba que alcanzaría a 300 mil en el año 2000. En realidad la matrícula llegó ese año a 450 mil estudiantes y actualmente supera un millón doscientos mil estudiantes.

Los recursos que el Estado destinó el año pasado a programas sociales, educación, salud, vivienda, pensiones y transferencias sociales, son 5,5 veces los que se destinaron en 1990, medidos en términos reales. Esto significa que crecieron en promedio 6,7% por año¹¹.

Si se comparan las remuneraciones reales de los trabajadores en Chile, estas se han más que duplicado mientras que en ninguno de los países latinoamericanos mencionados su aumento llega al 40%.

La inflación es un tema inexistente en el debate político actual, y está relegado al análisis entre los especialistas. Por eso es muy difícil que alguien hubiera anticipado en esos años que a partir de 1993 la inflación no llegaría más a los dos dígitos y que prácticamente nunca subiría del 5 %.

La historia de nuestro país hacía pensar otra cosa.

Yo tenía 36 años para el plebiscito y en todos esos años solo dos veces la inflación anual fue menor al 10% y el promedio había sido de 38%, excluyendo para este cálculo los tres años en que la inflación superó los 350% anuales.

Además, como explicamos más arriba, si alguien miraba las economías vecinas no parecía posible pensar en una estabilización exitosa. De hecho en la primera encuesta del CEP en enero de 1987, el 79% de los encuestados consideraba la inflación y el costo de la vida como un problema grave. La misma encuesta realizada en diciembre de 1989 mostraba que el principal riesgo que veía la

10 http://200.6.99.248/~bru487cl/files/libros/Una_Politica_para_el_Desarrollo/Una_politica_para_el_Desarrollo_Libro_Completo.pdf

11 Véase las estadísticas oficiales en <http://www.dipres.gob.cl/594/w3-propertyvalue-15494.html> y un recuento de las políticas sociales y la estrategia de crecimiento con equidad en http://www.cieplan.org/media/publicaciones/archivos/304/Libro_Digital_Completo.pdf

población en el ámbito económico, si ganaba Aylwin, era precisamente la inflación¹².

¿Cuántos se habrían atrevido a pronosticar en 1988 que a partir de 1992 Chile sería considerado por las agencias clasificadoras de riesgo como “*investment grade*”, lo que permitiría que muchos inversionistas y bancos internacionales le prestaran al Estado y a las empresas chilenas en condiciones que nunca lo habían hecho? Menos se habrían podido imaginar que actualmente el riesgo de prestarle a Chile sería considerado equivalente al de Japón y China y menor al de prestarle a España, Italia o Portugal.

He buscado en estos días y releído para traer a la memoria lo que escribimos en esos meses. Releo, por ejemplo, el documento que publicamos con otros economistas de Cieplan en septiembre justo antes del plebiscito explicitando nuestro profundo deseo: “El consenso económico-social democrático es posible”¹³. Los acuerdos amplios que se lograron y que hoy algunos critican y hasta descalifican, eran en realidad una aspiración muy profunda y un desafío enorme en un país tan dividido.

En fin, podría seguir dando ejemplos de resultados que estaban muy lejos de lo esperable hace treinta años. Si la gobernabilidad se tradujo en los resultados que hoy celebramos, ello fue producto de la decidida voluntad y compromiso de muchos por poner el interés general antes que el particular, por mirar más allá del corto plazo y por construir acuerdos amplios que nos permitieran avanzar a paso seguro en la reconciliación, la democracia y el desarrollo.

12 En realidad, el Gobierno de Aylwin se caracterizó por un notable desempeño económico. Al momento de la muerte del Presidente Aylwin me preguntaron por qué se había logrado un crecimiento tan alto, aquí está mi intento de respuesta.

13 Véase revista de Cieplan, noviembre 1988. También puede verse una publicación de enero de 1990, “Cómo fortalecer la cooperación”



ALEJANDRO FOXLEY es ingeniero civil de la Universidad Católica de Valparaíso y doctor en Economía de la Universidad de Wisconsin. Ha sido ministro de Hacienda, presidente del Partido Demócrata Cristiano, senador de la República, y ministro de Relaciones Exteriores de Chile. Fue Senior Associate del Carnegie Endowment for International Peace, copresidente del Directorio del Diálogo Interamericano, además de gobernador del Banco Mundial y del Banco Interamericano de Desarrollo. Fue fundador de la Corporación de Estudios para Latinoamérica (CIEPLAN), institución que actualmente preside, y autor y editor de numerosas publicaciones.



MANUEL MARFÁN es Ingeniero comercial de la Universidad de Chile y doctor en Economía de la Universidad de Yale. Es investigador senior de CIEPLAN y director del Programa de Investigación e Innovación Social Cieplan-UTalca. Ha sido ministro, subsecretario y coordinador de políticas macroeconómicas del Ministerio de Hacienda, vicepresidente del Banco Central , director de la División de Desarrollo Económico de la Cepal, consultor de organismos internacionales y autor de numerosas publicaciones.



RENÉ CORTÁZAR es ingeniero comercial de la Pontificia Universidad Católica de Chile y doctor en Economía del Instituto Tecnológico de Massachussets (MIT). Es investigador senior de CIEPLAN y director de empresas. Ha sido ministro de Transportes y Telecomunicaciones (2007-2010), ministro del Trabajo y Previsión Social (1990-1994); director ejecutivo de Televisión Nacional de Chile, presidente de Canal 13, consultor de organismos internacionales y profesor universitario

Es autor de numerosas publicaciones, entre estas los libros: “Política laboral en el Chile democrático” (Ediciones Dolmen, 1993) y “Transantiago. Diez claves para enfrentar crisis” (Uqbar Editores, 2015).



JOSÉ PABLO ARELLANO MARÍN es economista de la Pontificia Universidad Católica de Chile y Master y Doctor en Economía de la Universidad de Harvard. Actualmente es economista senior de CIEPLAN, director de empresas e integra el directorio de varias fundaciones privadas de educación y acción social. Es profesor titular de la Universidad de Chile y enseña en la Universidad Católica.

Fue presidente ejecutivo de CODELCO (2006-2010), ministro de Educación de Chile (1996-2000) y director nacional de Presupuestos de Chile (1990-1996). Ha sido también presidente del Directorio de la Fundación Chile, miembro del Directorio de Televisión Nacional de Chile, de Banco Estado y de otras empresas privadas. También ha sido presidente del Consejo de Rectores de Universidades Chilenas, consultor de organismos internacionales como el Banco Mundial (BM), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y las Naciones Unidas (ONU).

Ha publicado numerosos artículos y entre sus libros destacan “Veinte años de Políticas Sociales. Chile 1990-2009. Equidad con Crecimiento sostenible”, “Reforma educacional: prioridad que se consolida”, “Políticas Macroeconómicas”, “Políticas sociales y desarrollo” y “Las desigualdades económicas y la acción del Estado”.

El “Programa de Investigación e Innovación Social CIEPLAN-UTALCA” es una alianza estratégica entre La Corporación de Estudios para Latinoamérica (CIEPLAN) y la Universidad de Talca, centrada en la investigación, análisis, debate y difusión de temas relevantes en Chile y Latinoamérica.

Algunas de las áreas temáticas incluyen el diseño y propuesta de políticas públicas en lo social, económico y la administración del Estado; la comprensión de los procesos de modernización y su relación con los contextos regionales y globales; y el análisis de los fenómenos asociados a la llamada “trampa de las economías de ingreso medio”, con el fin de generar condiciones que permitan dar el salto hacia un desarrollo económico y social.

CIEPLAN es una organización privada sin fines de lucro, que inició sus actividades en 1976, con el fin de aportar conocimientos a las políticas públicas en Chile y Latinoamérica. La Universidad de Talca, por su parte, es una corporación de derecho público que busca la excelencia en el cultivo de las ciencias, las artes, las letras y la innovación tecnológica y está comprometida con el progreso y bienestar regional y del país, en permanente diálogo e interacción con el entorno social, cultural y económico, tanto local como global.

Este documento es parte de una serie de trabajos publicados en el marco del PROGRAMA CIEPLAN-UTALCA.

Las ideas y planteamientos contenidos en esta publicación (y en todas las publicaciones del programa) son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no comprometen la posición oficial de CIEPLAN ni de la Universidad de Talca.



